

EL TAO DEL TANGO

Prólogo

(Nota: aunque este libro trata con ambas energías (masculina/ activa y femenina/ pasiva), por razones de brevedad y claridad, los verbos y adjetivos generalmente están conjugados en términos masculinos. Sin embargo, todas las observaciones, los comentarios, y las discusiones se refieren tanto a los hombres como a las mujeres, excepto cuando se está haciendo una referencia específica. De ninguna manera esto implica que una energía es más o menos importante que la otra.)

Me han descrito a menudo como agresiva, impulsiva, amenazadora, sociable, valerosa, y atrevida. Características de la energía masculina. Sin embargo, nunca me han llamado “señor”, o se me ha descrito como masculina. Es decir, físicamente soy femenina, con energía masculina. Al parecer, esto puede muy desconcertante al sexo opuesto.

Igualmente desconcertante para las mujeres es un hombre cuya energía femenina está en control, siempre consolando, cuidando y sensitivo. ¿Que se supone que una mujer deba hacer con un hombre que llora más que ella? Y cuando miro a mi redor, veo legiones de gente con el mismo

dilema: mujeres que físicamente son femeninas pero cuya energía es decididamente masculina, u hombres quienes simplemente se deshacen por cualquier cosita.

Sin importar nuestro género, demasiados padecemos de algo en común: no podemos encontrar a un compañero que pueda satisfacer todas nuestras necesidades. Estamos confundidos en cuanto a quienes y que se supone que somos y por lo tanto, somos infelices.

¿Cuántas veces he oído “eres tan atractiva/graciosa/interesante/entretenida/inteligente, porqué no estás con un hombre?” ¡Eso mismo quería saber yo?! ¿Por qué no lo estaba? Pensaba que estaba haciendo todo lo que se suponía que tenía que hacer, aunque se sentía contra mi naturaleza. Y seguía siendo la reina de relaciones falladas. Sobre todo, me seguía sintiendo miserable.

Nunca creí que necesitaba de un compañero para ser “completa”; un compañero debería complementarme. Sin embargo, si tengo “energía masculina dominante”, una mujer como yo tendría que encontrar a un hombre cuya energía femenina era dominante. Pero cuando estos hombres se presentaban, los abrumaba y dominaba.

Por otro lado, casi llego a soplos con hombres cuya energía masculina suprimía su energía femenina, ya que en cierto sentido negaban parte de mí.

Al parecer, todos estamos fuera de sincronización, energéticamente. ¿Que se supone que uno debe hacer?

Como niña mis padres me animaron a seguir mis sueños, ser lo que deseara ser, no pedirle permiso a nadie para expresar mi creatividad, ser mi propia persona, y no depender de cualquier cosa o persona para mi felicidad y satisfacción. No me arrepiento por haber sido criada de esta manera, pero hasta ese momento no me había servido para encontrar y mantener una relación exitosa.

Me describían alternativamente como demasiado independiente, intimidante, autosuficiente, o agresiva. Pero obviamente no hablábamos de comportamiento; porque aunque tenía un auto deportivo y manejaba como Mario Andretti, de todos modos me percibieron como femenina.

Por otro lado, aunque usaba maquillaje, sabía como hervir agua, y lloraba en las películas manipulantes, los hombres todavía me consideraban intimidante. Simplemente, no lo entendía.

Por años había batallado con una lección de la vida que simplemente no podía internalizar: la dinámica básica entre la energía masculina (o activa) y femenina (o pasiva) en una relación íntima entre hombre y mujer. O cualquier relación entre hombre y mujer. Punto.

Gente más sabia que yo me decía que mis energías estaban fuera de equilibrio. ¿Caray! Si no podía distinguir estas energías en mi misma (y supuestamente yo era una persona más o menos, quasi-moderadamente iluminada, y pseudo-parcialmente espiritual), cómo podría alterar ese equilibrio? ¿Y alterar una relación activa/pasiva dentro de mi misma? ¿Era posible tal cosa?

El esfuerzo de ser más “femenina/pasiva” me causaba pánico y me dejaba sintiendome desamparada y estúpida. Me sentía como que tenía que traisionarme a mi misma, fingiendo ser débil cuando sentía lo opuesto, alterando mi comportamiento de una manera que se sentía incómoda, manipuladora, y últimamente, insostenible. Eventualmente, iba a colgar el maldito cuadro yo misma.

Para mí, este asunto ridículo de “femenina/pasiva, masculino/activo” no tenía sentido. ¿Quién había decidido que las mujeres tienen que ser débiles y los hombres fuertes?

Cada uno somos como somos. Yo nací fuerte.
Punto.

La idea de que esta energía pasiva/activa era de una naturaleza etérea y universal (y por lo tanto interactiva y maleable) y no relacionada al comportamiento (colgando cuadros) se me escapó por completo. ¿Cómo podía yo ser lo que no era?

No podía soltar mis propias definiciones:

Mujer = pasiva, sumisa.

Pasiva = inerte, patética.

Sumisa = víctima, perdedora.

No podía hacer el salto consciente, espiritual de lo que pasiva/sumisa significan en la vida diaria a lo que significan cuando se refieren al masculino/femenino espiritual y universal.

Realizar que ambas energías existían dentro de todos nosotros hasta cierto grado sonaban bien en teoría pero no era tan fácil de vivir. Entendía que el equilibrio de estas fuerzas opuestas era esencial para mantener la salud de cualquier relación: amigos, compañeros de trabajo, hasta con uno mismo. Pero no podía imaginarme cómo alcanzar este equilibrio energético si no lo tenía ya.

Pensé que el desequilibrio era parte de la lección de la vida, la desventaja contra la cual uno tiene que luchar para alcanzar el “esclarecimiento”. No tenía ninguna idea cómo podía intentar ser algo que no era sin dejar de ser “yo” en el proceso.

Fingir ser “femenina” simplemente no era una opción, ya que no sólo era una actitud artificial, eventualmente la fachada se iba a derrumbar. Simplemente no podía comprender que había una enorme diferencia entre *la energía* masculina (activa) y la femenina (pasiva), y *el comportamiento* masculino y femenino.

Comencé a creer que mi vida estaba en un curso inalterable en términos de mis relaciones y de mi evolución espiritual; de lo que significaba ser una mujer “moderna”, atrapada entre la lucha por ser independiente y la necesidad emocional de ser amada; entre las atavíos materiales del logro y el deseo intenso para el crecimiento espiritual. ¿Iba a tener que ser “adorable” para ser amada?

Parecía una situación sin remedio. No podía reconciliar la teoría de la energía activa y pasiva con su uso práctico. No podía ver cómo podía posiblemente ser “espiritualmente balanceada” a la vez que “materialmente exitosa”.

Fué cuando recibí esa famosa llamada que cambió mi vida.
